

EDUARDO
PUNSET

LA ESPAÑA
IMPERTINENTE

Un país entero frente a su mayor reto



Índice

- Portada
- Dedicatoria
- Introducción
- Capítulo 1. Primeras percepciones de España
- Capítulo 2. Desde la BBC, buenas noches, España
- Capítulo 3. Escenarios lejanos
- Capítulo 4. La vida corporativa y la crisis
- Capítulo 5. El aprendizaje económico de la Transición
- Capítulo 6. Poder político y libertad: las alternativas
- Capítulo 7. El futuro más allá de Europa, del liberalismo y de la macroeconomía
- Capítulo 8. Epílogo desde Londres
- Notas
- Créditos

*A Eduardo y María,
por haber estado desde
el comienzo.*

Introducción

Estuve dudando un tiempo sobre si debía escribir una introducción que sustituyera la escrita veintiséis años antes con motivo de la publicación inicial de *La España impertinente* en 1986. Me hizo decidirme, y renunciar a mis dudas, el último capítulo de este libro, Epílogo desde Londres, que encargué excepcionalmente a mi gran amigo del exilio, ya fallecido, Fernando Pérez-Barreiro Nolla.

De pronto, tuve ganas de recordarles a mis lectores que habíamos dado, es cierto, un pequeño paso adelante, gracias a la apertura de España al exterior, pero que casi todo a lo que apuntaba Fernando en sus reflexiones desde Londres seguía sin hacerse realidad. En contra de lo que dicen muchos observadores, nuestro problema no es convencer a los europeos de que hagan tal o cual cosa, sino asumir que nos toca a nosotros cambiar nuestra manera de ser y de proceder. Veintiséis años después es exactamente lo mismo que está ocurriendo ahora.

Una anécdota lo ilustra. Hacia el final de la Transición, el ex presidente del Gobierno Adolfo Suárez quiso pedirme que formara parte de su último ejecutivo, y llamó por teléfono al que era entonces el número privado de nuestra casa en Aravaca. Yo había figurado en el primer Gobierno democrático como secretario general técnico del Ministerio de Industria, que dirigía el abogado del Estado y gran amigo Alberto Oliart; la idea de incluirme no fue sólo de Alberto, sino también del vicepresidente segundo del Gobierno, el economista Enrique Fuentes Quintana, que estaba convencido de que a los industriales españoles les convendría tener en el Ministerio de Industria a alguien no necesaria-

mente implicado en intereses industriales, sino puramente en la consecución del equilibrio económico. En aquel primer Gobierno de la Transición se firmaron los famosos Pactos de la Moncloa y todo funcionó bastante bien.

Tras aquello, alguien había convencido al todavía presidente Adolfo Suárez de que yo debía formar parte también del que iba a ser su último Gobierno, justo antes del golpe militar de teniente coronel Tejero. Por aquel entonces, las conversaciones con Europa estaban totalmente encalladas y no estaba claro si España podría alcanzar, a pesar del prestigio de haber sabido salir de la dictadura y haber entrado en la democracia, el objetivo de ingresar también en la Unión Europea. El que iba a ser vicepresidente segundo del último Gobierno de Suárez, Leopoldo Calvo Sotelo, había sido hasta entonces ministro de Relaciones con las Comunidades Europeas y no se cansaba de repetirle al presidente Adolfo Suárez, de quien dependían los nombramientos, que quien le sucediera debía ser, en lugar de ministro, secretario de Estado.

Nunca entré en el detalle de la cuestión, pero tenían cierto sentido los argumentos de Leopoldo: si el inminente vicepresidente del nuevo Gobierno acababa de desempeñar el cargo de ministro de Relaciones con las Comunidades Europeas y conocía, por lo tanto, los entresijos de la negociación, ¿para qué iba a necesitar un ministro que desempeñara esas funciones? Bastaba con un secretario de Estado, venían a decirle sus asesores.

¿Para qué podía querer el Gobierno un ministro de Relaciones con las Comunidad Europeas, si ya tenía un ministro de Exteriores en toda la regla? Por dos razones muy sencillas: primero, porque la entrada o salida de Europa era ya tan esencial como lo es hoy y la propia Unión Europea exigía al país candidato que su interlocutor tuviera la categoría de ministro; y segundo, por lo que expliqué a los asesores de Suárez cuando me pidieron que ocupara el cargo

(y que le llevaron a descolgar el teléfono para decirme «De acuerdo, ministro») y he resumido en el segundo párrafo de esta introducción.

La negociación con Europa nunca fue sobre el texto aprobado de la Unión Europea; de lo que se trataba era de negociar con las instituciones, empresarios y grupos de interés españoles para que asumieran los cambios necesarios de su apertura en el exterior. Se necesitaba un responsable en el Consejo de Ministros no tanto para negociar con Europa, como con los españoles. Tanto ahora como hace veintiséis años.

El lector se percatará fácilmente de que el hilo conductor de los escenarios de este libro, que se suceden durante casi medio siglo, no es otro que la obsesión de España. Como toda obcecación, es el resultado personalísimo de la fascinación que sobre el autor han ejercido determinados gestos, silencios —*the dog didn't bark*, le aclaraba Sherlock Holmes a Watson, como clave del misterio, en una ocasión — o balbuceos malogrados de la lucha del colectivo de españoles por mejorar sus niveles de bienestar y sosiego en los últimos años. A veces, el deslumbramiento procedía de los colores del escenario.

Los lingüistas andan descubriendo ahora que el idioma de un país se amolda a las particularidades de las regiones, de las comarcas y de las familias, como las corrientes acuíferas a los espacios subterráneos disponibles. Los ordenadores pueden detectar fácilmente las estructuras idiomáticas vinculables a cada linaje individual. ¿Cómo no va a ocurrir idéntico proceso con la idea de España?

A los lectores a quienes moleste la crítica necesaria de nuestros comportamientos, les pido benevolencia en aras del esfuerzo que comporta identificar los grandes activos con que cuenta la sociedad española al adentrarse en el umbral de un cambio social y tecnológico sin precedentes en el último trecho del segundo milenio.

Una vez más, España se ha convertido —en virtud de su proceso de apertura al exterior— en un banco de ensayos, donde van a confluír las doctrinas y experimentos vigentes en el resto del mundo. Tal vez porque hemos logrado emerger de la miseria económica y disfrutado del ejercicio de las libertades más tarde que los demás países europeos, la capacidad de aprendizaje de los españoles está intacta. Éste es su mayor activo y la única ventaja comparativa indiscutible.

Barcelona, agosto de 2012

Capítulo 1

Primeras percepciones de España

«Subrayo que cada uno se halla reducido a los saberes particulares y a los lugares comunes.»

EDGAR MORIN, *Ciencia con conciencia*, Barcelona, 1984

¿Quién dijo que España era una sociedad invertebrada? Todo lo contrario: vertebrada, mal vertebrada. Es el paradigma de la sociedad osificada por el peso de las herencias y costumbres centenarias. Hasta donde el recuerdo alcance encontrará por doquier compartimentos estancos, fibras convertidas en vértebras, colectivos de gentes supuestamente homogéneas enfrentadas por la indiferencia, en el mejor de los casos, y un odio que ha despertado la lúcida curiosidad de los mejores historiadores anglosajones, la mayor parte de las veces.

Vilella Baixa estaba encaramada como una hiedra en una de las cimas del Montseny. El carrer que no pasa había permanecido intacto desde su construcción por los sarracenos en el siglo XIV. Nadie entendía muy bien el calificativo de «Baixa» adscrito a Vilella en los registros municipales. Sobre todo, si se accedía a ella por el este, gracias a la ondulada carretera procedente de Falset, cabeza del partido municipal. Hacía falta entrar por el oeste para descubrir el enigma: a diez kilómetros, se dejaba atrás Vilella Alta, toda-

vía más escarpada en la bruma que su vecina y tocaya. Era evidente que Vilella Baixa debía su nombre a la simple presencia cercana de una Vilella todavía más alta.

El silencio del mediodía en verano es hoy todavía un punto de referencia capital para la diáspora del Priorato. Se puede oír el aliento de las gentes mientras vuelven a su origen mineral durante unos instantes, los animales y las escasas plantas. El intento de las cigarras por romper, al unísono, este silencio, es como las agujas de acupuntura que inmovilizan los resortes nerviosos de un cuerpo ya de por sí maltrecho. Millones de ciudadanos nacen, viven y mueren sin haber experimentado nunca este tipo de silencio. ¿Cómo aprender entonces que la manipulación del silencio o del tiempo son variables tan fundamentales como la acción o la palabra?

Cuarenta años después, el juego delicado del profundo efecto dramático de los silencios intercalados en el discurso me regresa siempre al silencio original del mediodía de aquellas tardes de verano. «El tiempo trata mal a los que lo descuidan», dijo Jean Anouilh. Se tarda décadas en constatar que el tiempo es un factor manipulable en nuestras sociedades. Ni en Vilella ni en España existe obsesión alguna con el tiempo, el cual viene dado como la losa de un cementerio. El castellano es incapaz de traducir la acepción anglosajona del *timing*, que establece claramente la relación existente del hombre frente al tiempo. En un 90 por ciento la política consiste en la manipulación inteligente del tiempo, para sincronizarlo matemáticamente con el latir de las gentes.

Caben pocas dudas de que la secuencia de los fracasos colectivos en este país obedece a una concepción equivocada, ajena del tiempo. La historia española está plagada de impulsos dogmáticos impuestos arrítmicamente. A destiempo. Es una sociedad que todavía no se ha propuesto la tarea tonificante de vincular el tiempo con el comportamiento de los hombres. No es otra la razón de que en los

años ochenta España se encuentre a destiempo, redactando constituciones, constituyendo partidos políticos, organizando sindicatos, resucitando parlamentos regionales, muchos años y, a veces, siglos después de su momento.

Es obvio que se paga un precio, en términos de coste social, por intentar llevar a cabo la revolución burguesa dos siglos después de cuando fuera el momento. Ni el entorno, ni las personas, ni las ideas han permanecido inermes todos estos años, esperando a que las clases dirigentes activaran los procesos de cambio. Ni se cuenta ya con los activos de que disponían las generaciones de hace dos siglos, y además se han perfilado pasivos que nunca les acosaron a ellas.

En la base de todos los grandes impulsos civilizadores de la especie humana yace, siempre, un cambio radical en la concepción del tiempo y su manipulación por el hombre. En el siglo XII, uno de los pocos precedentes históricos de talla, comparable a la revolución que se avecina a fines de este segundo milenio, aparecen los primeros relojes de campanario. Por primera vez, el trabajo laborioso de las gentes está presidido y ordenado por unidades divisorias más accesibles que la revolución de la Tierra en torno al Sol. La compartimentación de los trabajos en el tiempo, la segmentación precisa del espacio vital en función de edades, la probable regularidad en el régimen de comidas y descansos que indujo la presencia del reloj en el campanario —su presidencia del quehacer humano— dispararon al alza los índices de productividad.

En el siglo XVIII, en pleno fragor de la revolución industrial, la medición cronométrica de los tiempos en las largas producciones en serie permite regular las complejidades de los nuevos esquemas de producción. El taylorismo, al regular e intensificar las cadencias de trabajo, no hacía sino introducir en el interior de los cobertizos improvisados, en

naves industriales y en talleres, el viejo reloj del campanario modernizado en consonancia con las exigencias de la producción industrial.

Ya en la segunda mitad del siglo xx, ¿qué es la revolución de los microprocesadores sino una nueva y radical manipulación del tiempo, que permite procesar en milésimas de segundo esquemas del conocimiento que requerirían esfuerzos continuados durante horas, meses y años?

Vilella Baixa estaba perfectamente sincronizada. Cada una de sus casas, vides, higueras, almendros y *lledoners* con sus cuatrocientas mujeres y hombres son un testigo permanente anunciando la nueva sedimentada al final de los largos ciclos agrarios: hacer las cosas a su debido tiempo es el primer peldaño de cualquier proceso de modernización.

Vilella Baixa sigue siendo hoy un punto capital de referencia y cuando en las salas de aeropuertos, estaciones o restaurantes la gente se interpela para saber cómo se puede salir de la miseria y de la crisis, haría falta más de un instante para desgranar la convicción asimilada desde entonces de que es preciso no anticipar nunca revoluciones para no correr el riesgo —como decía Maurice Thorez— «de encontrarse solo y gesticulando delante de las masas», ni retrasar en una hora los cambios necesarios que la gente, llena de razones, viene reclamando.

Para los niños menores de diez años en 1941, en Vilella Baixa, el recuerdo de la República y de la guerra civil, firmemente concluida en el Boletín Oficial del Estado, eran los nombres de tres compañeras de juego: Libertad, Primavera e Ilusión, hijas de un anarquista insospechado, al que se enterró en las orillas del Ebro, y de las *razzias* efímeras de los maquis contra las patrullas de la Guardia Civil, que tenía su cuartel general en Poboleda.

Al contrario de lo que sucede ahora, las niñas y niños del Priorat tenían un solo libro cuando iniciaban el curso llamado escolar. Aquel libro concluía la Historia de España en

los Reyes Católicos y, dadas las dificultades de dar el salto mortal en el tiempo que exigía enlazar con monarcas o los condes barbudos de Barcelona del siglo xi, el colectivo infantil prefería quedarse sin historia. Tal vez por ello, los españoles son gente sin historia, nacidos de repente en el instante fugaz de una conjunción de elementos impulsada por leyes astrológicas. ¿Dónde está el nexo de estas generaciones con la patria de sus antepasados? Es como si todos los españoles hubieran nacido debajo de una roca, abandonados allí por un vagabundo extranjero. De ahí que los españoles sean, todavía, tan distintos unos de otros. Lo son de nacimiento. Lo han sido siempre, como dos venas ajenas y paralelas tejidas en el cuerpo de España.

«*Don't you forget it...*», le decía un personaje de Walt Disney, al deletrearle su nombre a otro más soberbio y podrido de dinero. ¿Dónde está el eslabón de la cadena que permita a los catalanes contemplar con serenidad un siglo atrás y afirmar: «Soy el subproducto lógico y natural de la historia de este país que muestra la diapositiva de 1885?» La mayoría no ha podido desentrañar por su cuenta que, precisamente en 1885, Valentí Almirall había osado presentarle al rey Alfonso XII un documento «en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña». O de que tres años después, nada menos que Menéndez y Pelayo leyera en catalán a la reina de los Juegos Florales —y regente de los españoles—, con motivo de la exposición universal, el «*Missatge a S. M. Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena*» reivindicando los derechos de la «*Nació Catalana*». La historia real no ha conformado a los españoles, y en la conciencia faltan demasiados eslabones para aglutinar a las gentes en un proyecto colectivo con sentido.

Y, no obstante, es posible. Bastaría con aceptar que no hay sustituto a hacer las cosas bien. Se trataría de reemplazar la lista de reyes godos por una reflexión sencilla sobre la historia de las vidrieras policromadas de muchas iglesias españolas; la evolución y modelos de construcción de la vi-

vienda a lo largo de los siglos; la geografía económica y alimenticia de España; los movimientos de poblaciones, la historia de la cultura y tecnología, la tipología de las plantas y flores, la zoología, las componentes reales y concretas de la historia de un pueblo. Los españoles adultos no están debidamente conectados con su pasado.

Haría falta saber que la expansión del humanismo del Renacimiento significó el declive de la policromía de las vidrieras, que fueron relegándose al pasado y con ello la pura naturaleza visionaria de los colores intensos, en favor de los valores táctiles entre arquitectónicos y escultóricos. Fue el resurgir del mundo clásico que con su fuerza apartaba el misterio. La racionalidad suponía un regreso forzado de las masas a la luz blanca y deslumbrante del sol. Hubo que esperar al romanticismo para que el vidrio policromado volviera a valorizarse después de un eclipse de cuatro siglos. Walter Scott, en Inglaterra; Chateaubriand y Victor Hugo, en Francia; Pau Milá i Fontanals y Piferrer, en Cataluña, liberaron hacia la Edad Media la emoción de las sensibilidades, reivindicando los misterios de los espacios oscuros y las fantasmagorías cromáticas. Las vidrieras policromadas de España son un indicador seguro de la historia de la sensibilidad de los españoles desde su redescubrimiento por el romanticismo, hasta su destrucción sistemática por los formalismos de comienzo de siglo.

¿Qué decir del silencio sepulcral sobre la peripecia histórica de las construcciones en que se ha cobijado la infancia de este país? ¿De quién ha sido la culpa de que ningún adulto catalán sea consciente de que la casa en que pasó su niñez está definida básicamente por una tipología organizada por tres espacios o crujías entre cuatro muros de carga paralelos que soportan las tramadas de cuatro o seis metros, siguiendo las leyes de una economía estricta de la construcción? En Cataluña, las masías, esa rotundidad formal con su trilogía de espacios, sus proporciones y su volu-

metría, están ahí como testigos mudos esperando que alguien las reincorpore a la conciencia histórica de las gentes que deambulan sin historia.

En España, alcanzar una buena nutrición ha sido mucho más difícil que en los países desarrollados, debido, principalmente, a la desertización del suelo, la emigración, las guerras de reconquista, las guerras religiosas en Europa y, sobre todo, a la tardía incorporación al mundo moderno. En el primer tercio del siglo XVI, cuando aparece la literatura del hambre, que durará un siglo y medio, los pobres, bribones y pícaros de cocina viven acuciados por el hambre, un hambre que toma el papel central en una filosofía de la existencia.

Los nobles y reyes que padecieron de gota se alimentaron casi exclusivamente de carnes y pescados; el pueblo, en cambio, de pan, tocino, cebollas, ajos y algo de queso. Pueblos enteros consumían bellotas como toda alimentación y «circulaban gentes por los caminos comiendo hierbas y raíces», como dice Mateo de Lisón y Biedma, procurador de las Cortes de Granada, en su descripción del país. En el siglo XVIII, la emigración a América y la despoblación, unidas al absentismo de los terratenientes, exacerbaron de nuevo el hambre. No es hasta el siglo XIX cuando el «hambre» en masa empieza a desaparecer. La irrupción de una clase media ilustrada conlleva una alimentación más racional y nutritiva. Desgraciadamente, el progreso del siglo XIX y principios del siglo XX se convierte en retroceso en España, por causa de la guerra civil.

En los años de la guerra y la posguerra, la población civil consumía una dieta de ochocientas a mil calorías diarias, aflorando graves carencias de proteínas animales y vitaminas, especialmente vitamina B, lo que produjo un intenso brote de pelagra, neuropatías carenciales, neuritis óptica, acústica carencial, glositis simple y edemas de hambre. Los recién nacidos del año 1938, pertenecientes al sexo masculino, muestran una ligera pero significativa pérdida de pe-